

ROBERT WALSER

EL BANDIDO

Traducción del alemán de
Juan de Sola Llovet

Libros del Tiempo Ediciones Siruela

Índice

EL BANDIDO

El bandido	11
Nota del editor Jochen Greven	151

Edith lo ama. Luego volveremos sobre ello. Tal vez no tendría que haber trabado relación con ese inútil sin dinero. Parece que ella le envíe delegadas o, cómo decirlo, mediadoras. Amigas así tiene él en todas partes, pero nunca ocurre nada serio, y aún menos con la famosa historia de los cien francos. En una ocasión puso por pura condescendencia, por filantropía, cien mil marcos en manos de otros. Si le toman el pelo, él se suma al cachondeo. Con eso bastaría para encontrarlo realmente sospechoso. No tiene un solo amigo. Durante «todo este tiempo» que lleva entre nosotros, no ha logrado, para su contento, ganarse el aprecio del mundo masculino. ¿Acaso no es esto una prueba de la mayor y más grave falta de talento que uno pueda imaginarse? Hace ya tiempo que sus buenas maneras «crispan los nervios» de mucha gente. Y esta muchacha, la pobre Edith, lo ama, mientras él sale todas las noches, a eso de las nueve y media, y porque aún hace calor, a tomar un baño. Lo hace por mi culpa, pero sin rechistar. Uno se ha esforzado lo indecible para crearlo. ¿Acaso cree este peruano, o lo que sea, que puede hacerlo él solito? «¿Qué hay?» Así es como las chicas del pueblo se dirigen a él, y él —¡ay, Dios mío!—, que parece idiota, cree que este modo que tienen las muchachas de preguntarle qué quiere es encantador. Hace tiempo que lo tratan, acá y allá, como a un auténtico desecho, y para

colmo él se alegra. Le observan como si fueran a exclamar: «Para variar, ese tipo imposible vuelve a merodear por ahí. ¡Oh, qué pesado!». Le divierte que lo miren con ojos huraños. Hoy ha llovido un poquito, de modo que ella lo ama. Le cogió cariño casi desde el primer momento, aunque a él le pareciera inconcebible. Y ahora esa viuda que ha muerto por su culpa. Volveremos sin lugar a dudas sobre esta mujer relativamente honesta que tenía una tienda en una de nuestras calles. Nuestra ciudad guarda un parecido con una gran corte, tan unidas se encuentran sus partes. De eso también hablaremos. De todos modos seré breve. Estén convencidos de que únicamente les contaré cosas de buen tono. Y es que me tengo por un escritor distinguido, lo que tal vez sea muy insensato por mi parte. Quizá se cuelen también ciertas cosas de menos distinción. Así pues, con los cien francos no ocurrió nada en absoluto. ¿Cómo se puede ser tan prosaico como este individuo de humor incorregible, que ve cómo las muchachas que llevan hermosos delantales le dicen con sólo verlo: «Y ahora éste. Lo que faltaba»? Estas expresiones, naturalmente, le hacen estremecerse ante su propia persona, pero siempre acaba por olvidarlo todo. Sólo un inútil como él es capaz de dejar escapar tantas cosas importantes, bellas y útiles de su cabeza. Estar sin blanca es el sino de un inútil. En una ocasión estaba sentado en un banco, en el bosque. ¿Cuándo fue? Las mujeres de la alta sociedad lo juzgan con más indulgencia. ¿Será porque advierten que es un caradura? Y que le den la mano directores. ¿No es acaso muy curioso? ¿A un bandido como él?

La indiferencia, el pasotismo de los peatones en la calle irrita a los conductores. Por decirlo rápidamente: he ahí un representante que no me obedece. Le abandonaré a su terquedad. Lo olvidaré majestuosamente. Pero resulta que un tipo mediocre ha tenido cierto éxito con Edith. Sea como fuere, el caso es que lleva uno de esos sombreros elegantes que confieren un aire moderno a quien los porta. También yo soy mediocre y me alegra serlo, no así el bandido que estaba

en el bosque, sentado en un banco, a quien, si no, le hubiera resultado imposible decirse en voz baja: «Hubo un tiempo en que solía deambular por las calles de una ciudad luminosa, como oficinista y delirante patriota. Si mal no recuerdo, fui a buscar, por encargo de mi patrona, una pantalla para una lámpara o lo que quiera que fuera aquello. Por aquel entonces me encargaba de vigilar a un hombre mayor, y le conté a una joven muchacha lo que había sido antes de recalar a su lado. En la actualidad estoy instalado en una desocupación de la que, por consideración a la justicia, hago responsable al extranjero. En el extranjero, con la sola promesa de mostrar talento, me pagaban un sueldo todos los meses. En lugar de dárme las de hombre culto y espiritual, iba a la caza de grandes distracciones. Un buen día mi benefactor me puso al corriente de la inconveniencia que suponía –así se lo pareció a él– seguir manteniéndome económicamente por mucho más tiempo. Este comentario por poco me deja mudo del asombro. Me senté a mi delicada mesa, a saber: en mi sofá. Mi casera me encontró llorando. “No te preocupes”, me dijo. “Si me alegras todas las veladas con una bella conferencia, dejaré que vengas a mi cocina y ases las costillas más jugosas sin pagar por ello. No todos los hombres han sido llamados a ser útiles. Tú eres una excepción.” Sus palabras fueron para mí la posibilidad de seguir existiendo sin tener que hacer nada. El ferrocarril me trajo luego hasta aquí para que el rostro de Edith me pareciera horroroso. El dolor que me provoca se parece a una viga maestra de la que penden los buenos momentos». Esto se decía bajo el cobertizo de hojas, cuando, saltando, salió al encuentro de un borracho que acababa de guardarse la botella de aguardiente en su chaqueta. «Eh, tú, detente», exclamó. «Confiesa el secreto que ocultas al mundo.» El interpelado se quedó de una pieza, no sin sonreír por ello. Se miraron mutuamente, tras lo cual el pobre hombre prosiguió su camino agitando la cabeza, desgranando toda suerte de comentarios sobre el espíritu de su tiempo. El bandido los recogió todos con mucho esmero. Había oscurecido, y nuestro conocedor de la región de Pon-

tarlier regresó a su casa, a la que llegó con ganas de acostarse. En cuanto a la ciudad de Pontarlier, la había conocido gracias a un célebre libro. Entre otras cosas, hay en la ciudad una fortaleza en la que, durante cierto tiempo, tuvieron el placer de alojarse un poeta y un general negro. Antes de meterse en el nido o en la cama, nuestro asiduo lector y amante de la lengua francesa dijo: «Hace tiempo que tendría que haberle devuelto el brazaletes». ¿Que en quién estaba pensando? Extraño monólogo éste, sobre el cual tendremos probablemente ocasión de volver. Solía limpiarse los zapatos él mismo, todas las mañanas a las once. A las once y media bajaba las escaleras a toda prisa. Al mediodía había casi siempre espaguetis, oh, sí, y se los comía siempre con mucho gusto. A veces se extrañaba de no haberlos aborrecido. Ayer me corté un bastón. Imagínenselo: un escritor pasea por el paisaje dominical, recoge un bastón, sospecha que le sienta de maravilla, se come un bocadillo de jamón y piensa, mientras devora este bocadillo de jamón, que la camarera, parecida al bastón por su maravillosa esbeltez, es la persona indicada para hacerle una pregunta: «Señorita, ¿le importaría golpearme la mano con este bastón?». Turbada, retrocede ante el solicitante. Hasta la fecha nunca ha querido hacer algo semejante. Llegué a la ciudad y toqué a un estudiante con mi vara. Había otros estudiantes sentados a la mesa redonda, en el café. El tocado me miró como quien observa algo hasta la fecha nunca visto; el resto de estudiantes me miraba de la misma manera. Como si, de repente, hubiera muchas cosas que jamás habían comprendido. ¡¿Pero qué estoy diciendo?! En todo caso fingieron asombro por motivos de decencia, y, mientras tanto, el héroe de nuestra novela, o quien está llamado a serlo, estira la manta hasta la altura de la boca y se pone a pensar en alguna cosa. Tenía la costumbre de pensar siempre en alguna cosa, la costumbre de, por así decirlo, filosofar aunque nadie le diera nunca nada a cambio. De un tío que había pasado su vida en Batavia recibió la suma de ¿cuántos francos? Exactamente no sabemos a cuánto ascendió. Siempre ha habido algo refinado en la incertidumbre. De vez en cuando, en lugar de

un almuerzo ordinario, es decir, completo, nuestro Petruccio comía un simple pedazo de pastel de queso que se hacía acompañar de un café. Éstas son cosas que no podría describirlos si su tío de Batavia no le hubiera ayudado. Gracias a esta ayuda podía seguir, por así decirlo, su particular existencia; y gracias a esta poco común y sin embargo común existencia puedo yo construir un libro serio del que no hay lección que aprender. Y es que existe gente que pretende sacar de los libros enseñanzas para la vida. Por consiguiente debo decir que, muy a mi pesar, no escribo para esta clase tan honorable de gente. ¿Si es una pena? Oh, por supuesto. Eh, tú, el más seco, el más sólido, el más bueno, el más burgués, el más amable y silencioso de los aventureros, que duermas bien entretanto. El muy tonto. Mira que contentarse con una mansarda en lugar de pedir a gritos: «Dadme el palacio que estáis obligados a poner a mi disposición». Es algo que él no acaba de entender.

No sé si estoy o no autorizado a decir, como aquel príncipe Vronski [sic] en el libro Humillados y ofendidos, del ruso Dostoievski, que necesito dinero y compañía. Puede que dentro de poco ponga un anuncio matrimonial en una de nuestras gacetas locales. Cómo pudo este granuja una noche, una vez concluida la cena que consistía principalmente en pollo y ensalada, lanzar la propina a los pies de ella, tan simpática y hermosa. Ya habrán advertido, amigos míos, que estoy hablando del bandido y de su Edith, que durante un tiempo trabajó de camarera en un distinguido restaurante. ¿Podría un demonio tratar al objeto de su veneración de modo más grosero, rudo y despiadado? No se figuran la cantidad de cosas que podría contarles. Lo necesario, o cuando menos importante, sería para mí disponer de un buen amigo, si bien considero que la amistad es irrealizable, pues parece una tarea harto difícil. Son muchas y muy diversas las reflexiones que podrían hacerse sobre este asunto en particular, pero el dedo meñique me obliga a no extenderme. Hoy he contemplado una maravillosa tormenta cuyo fragor me ha entusiasmado. Está bien, está bien.

Me temo que ya he aburrido soberanamente al lector. ¿Dónde estarán ahora esas «famosas ocurrencias» como, por ejemplo, la de hacer que el bandido se aloje en casa de la mujer de gran papada? El marido de esta mujer era ferroviario, vivían justo debajo del tejado. En la planta baja tenía su sede una tienda de partituras, y en el bosque, sobre la ciudad, habitaba una vagabunda cuyos labios, pese a no despedir precisamente el mejor de los perfumes, él besaba con denuedo; él, que de casa de la mujer papada se marchó a Múnich para, en lo posible, establecerse como un verdadero genio. Cruzó el lago de Constanza a la luz de la luna. Tanto el viaje a Múnich como la historia con la mujer papada son experiencias prematuras. En Múnich por lo menos se compró unos guantes de cabritilla. Desde entonces jamás volvió a llevar unos guantes como aquéllos. El Englischer Garten le causó la impresión de ser casi delicado en exceso. Estaba más acostumbrado a la maleza que a la gran extensión de césped cortado. Hoy en día apenas si se ven papadas por el mundo. En este sentido se han producido cambios evidentes. Una vez, siendo yo muy niño, paseando con mis padres, vi a un mendigo sentado en el suelo. Una enorme mano tendía a los paseantes un sombrero para que éstos tiraran sus limosnas. Aquella mano era un verdadero quiste de color azul y rojo. En nuestros días apenas si se permitiría que una mano tan aparatosa estuviera expuesta al público. Y es que entretanto la medicina ha hecho sus progresos, de modo que protuberancias como una papada o unas manos de cíclope se pueden remediar en cuanto aparecen. La mujer de la papada le deseó al buscador de nuevas experiencias todo lo mejor en su carrera. Tenía hasta lágrimas en los ojos. ¿No fue muy amable por su parte comportarse como una madre en una separación forzosa? Mientras tanto, como aquel príncipe ruso en la historia del famoso escritor, yo busco toda suerte de cosas agradables, cuantas más mejor, y mi pequeño bandido tendrá que pedir perdón a su amada por haber gritado en su presencia y en la de otros invitados: «¡Arriba el comunismo!». Le facilitaré el cumplimiento de un deber que él asume acompañándolo, pues

sufre de timidez. Son muchos los valientes que carecen de valor, y muchos los orgullosos sin orgullo; muchos son también los débiles que carecen de la fuerza en el alma para reconocer su debilidad. A menudo vemos a los débiles presentarse como fuertes; a los enfadados, como alegres; a los humillados, como altivos; a los vanidosos, como humildes, como por ejemplo yo, que por pura vanidad no me miro nunca en el espejo, pues todo espejo me parece impertinente y descortés. No hay que descartar que me dirija por carta a alguna representante de nuestras mujeres y proclame, ante todo, que sólo tengo buenas intenciones, aunque tal vez sea mejor no hacer ni sombra de proclama. Podrían pensar que tengo mala opinión de mi persona. Tengo algunas revistas sobre la mesa. ¿Acaso puede uno ser mediocre cuando lo han nombrado suscriptor de honor? Con frecuencia recibo fajos de cartas, lo que indica sin lugar a dudas que aquí y allá hay gente que piensa mucho en mí. Si tuviera que hacer una visita allí donde una visita es importante, la haría con sumo placer y el mayor respeto aunque, por lo demás, algo desmañado, como si tuviera una mano en el bolsillo. Y es que parecer un poco torpe es divertido, me refiero a que tiene la eficacia de lo bello. Pobre bandido, te he olvidado por completo. Por ahí se dice que le encanta la papilla de sémola, y que, si le preparas un buen rosti, con su tocino y sus patatas bien cocidas, ralladas y salteadas, te amaré siempre. Bien es verdad que esto es una calumnia, aunque con un tipo así no tiene importancia. Hablemos ahora de la malograda viuda. Tengo frente a mí una casa cuya fachada es un poema. Ya las tropas francesas que entraron en nuestra ciudad en 1798 pudieron contemplar el rostro de esta casa, si es que se tomaron la molestia o tuvieron tiempo de reparar en ella.

Ser tan olvidadizo es realmente imperdonable. Cierta vez, en un pequeño y pálido bosque de noviembre, y después de detenerse en una imprenta y de haber charlado una horita con el propietario de la misma, el bandido se cruzó con la mujer pintada por Henri Rousseau, totalmente vestida de marrón.